
GACETA MÉDICA DE MÉJICO

PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉJICO.

DERMATOLOGÍA.

ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DEL ECZEMA:

SUS VARIEDADES, NATURALEZA Y TRATAMIENTO.

No habiéndome sido posible por falta de algunos datos, terminar el trabajo que pensaba leer esta noche, voy á ocuparme, contando con la indulgencia de esta ilustre Academia, de una enfermedad de la piel que observamos con mucha frecuencia en la práctica.

Me refiero al eczema, esa inflamación de la cubierta cutánea, la más común de todas, y que tan grandes analogías tiene con el catarro de las mucosas.

Y no es sólo lo muy extendida que se encuentra esta afección, pues según las estadísticas de Devergie, representa próximamente la tercera parte de las afecciones de la piel, lo que da interés á su estudio, sino que lo tiene además y muy grande, por la gravedad que algunas veces suele presentar, y por lo rebelde que es en muchos casos á la acción de nuestros agentes terapéuticos.

Bien sabido es que el eczema está caracterizado por la presencia de pequeñas vesículas transparentes, de duración efímera, llenas de un líquido sero-mucoso, que unas ocasiones es reabsorbido, lo que es raro, y otras, lo más común, sale al exterior por la rotura de la vesícula, y por las pequeñas superficies que quedan desnudas, concretándose bajo la forma de costras delgadas.

En la generalidad de los casos estos caracteres son bastante marcados para que el diagnóstico de la lesión anatómica pueda hacerse fácilmente; sin embargo, varias circunstancias, como la larga duración de la enfermedad, los tratamientos mal dirigidos que se hubieran empleado, la combinación con otra ú otras especies de erupciones, hacen que sea difícil reconocer el eczema; pero fuera de esto hay también otra causa que influye mucho en la forma que presenta y la gravedad que tiene, y es el sitio de la lesión.

Efectivamente, cuánta diferencia hay entre el aspecto del eczema de la cabeza, por ejemplo, en donde el líquido secretado, no pudiendo derramarse y exten-

derse libremente, se concreta y forma con el pelo gruesas costras, y el eczema de las orejas ú otra región cualquiera, como el que vemos en los pezones, originando las grietas que tanto molestan á las madres y llegan hasta hacer imposible la lactancia.

Y para citar otro ejemplo, cuánta diversidad no encontramos también en el eczema intertrigo que se observa en los puntos donde hay frotamiento de dos superficies cutáneas, y el de las palmas de las manos ó la planta de los piés, en cuyos sitios, en atención al espesor de las láminas epidérmicas, las vesículas no pueden desarrollarse, se unen con las vecinas y forman flictenas semejantes á las del pénfigo.

En cuanto á la gravedad del eczema según el sitio, las diferencias no son menores: el generalizado y llamado fluente, por la abundancia de la secreción, puede causar la muerte; el de los párpados ocasiona á menudo blefaritis y conjuntivitis, y puede dejar como consecuencia ectropiones y entropiones; el de las orejas suele extenderse al conducto auditivo y obstruirlo temporalmente, y al oído medio y ocasionar una sordera más ó menos completa; el de la axila se complica frecuentemente con flegmones, etc.

No insistiré en estas y otras variedades del herpes vivo, como algún autor ha llamado al eczema; pero sí quiero detenerme algún tanto en el de los miembros inferiores, por la particularidad que tiene de ocasionar ulceraciones y hacerse crónico.

Aunque son varios los casos de esta especie que he tenido que tratar, sólo voy á referir uno de ellos, por ser todos semejantes entre sí.

El enfermo es un Sr. B., de 34 años de edad, robusto, de buena constitución, no ha padecido de accidentes escrofulosos, sífilis, erupciones de la piel, ni de enfermedades generales de importancia. Es dependiente de una casa de comercio de la calle de Plateros de esta Capital, y por su ocupación está obligado á permanecer de pié la mayor parte del día.

A principios del año pasado de 1885, tuvo una erupción y poco después una ulceración superficial en la cara externa de la pierna izquierda, un poco arriba de la garganta del pie, que atribuyó á una contusión ligera recibida en ese punto.

Después de ensayar inútilmente algunos remedios, me consultó, y reconociendo la parte enferma, vi la ulceración y alrededor costras delgadas y algunas vesículas de eczema: las venas de la pierna estaban ligeramente dilatadas.

Creyendo que el obstáculo á la circulación venosa podía influir en la enfermedad, puse un vendaje y recomendé al enfermo el reposo y algunos tópicos. Se aplicó éstos, pero no queriendo dejar sus quehaceres, no siguió mi consejo en cuanto á poner la pierna en situación horizontal, y la enfermedad, lejos de mejorar avanzaba, extendiéndose la úlcera en todos sentidos: el eczema se hizo crónico y serpiginoso.

Viendo esto el paciente, se resolvió á ponerse en cama, y sin cambiar el tratamiento, tuve el gusto de verlo sanar en pocos dias.

Le aconsejé que usara medias elásticas y en cuanto fuera posible evitara el estar en pie. Con estas precauciones volvió á su trabajo y por varios meses no tuvo accidente.

Después, ya sea porque le molestara, como me dijo, la parte de las medias que corresponde al pie, ó por otro motivo, el caso fué que cortó esta porción, resultando de aquí que la compresión elástica sólo se hacia desde un poco arriba de los mateolos.

Volvió entonces la erupción antigua, y como antes, las vesículas al romperse dejaban pequeñas ulceraciones que se unían por sus bordes, y de este modo se extendían mucho en superficie.

La inflamación en esta vez fué más intensa: la pierna estaba hinchada y roja: puse de nuevo á mi enfermo en quietud, usé de un tratamiento emoliente, y calmada la flegmasia, de diversos tópicos y de un vendaje compresivo, no consiguiendo sino hasta al cabo de poco más de un mes la cicatrización completa; esto pasó á principios de Agosto último; de entonces acá cuida el enfermo de tener vendados los pies y piernas, y el mal no ha vuelto.

Como éste he visto algunos otros casos de eczema en las extremidades inferiores que han ocasionado ulceraciones muy rebeldes.

No los describo detalladamente porque, como dije antes, son análogos al que acabo de citar, y así, paso á ocuparme del punto que tiene mayor interés en el estudio del eczema y en general de todas las enfermedades de la piel, y es la determinación de su naturaleza.

Efectivamente, el eczema puede ser *idiopático*, accidental, y entonces reconoce por causa la acción de un agente irritante sobre la piel; el calor, el frio, parásitos diversos, etc; la lesión está limitada, no tiende á generalizarse y cura fácilmente.

Algunas veces es el eczema la consecuencia de un obstáculo á la circulación de la sangre venosa, ó por lo menos debe su cronicidad á esta causa. Y por último, en un gran número de casos el eczema es *sintomático*, de origen discrásico, no siendo entonces mas que la manifestación de un estado general de la economía, que puede ser el escrofulismo, el herpetismo, y acaso alguna otra diátesis no bien determinada.

No todos los autores están de acuerdo con la división que acabo de hacer, pues hay algunos, como Hardy, que tienen la creencia de que el eczema es siempre la expresión del herpetismo, y otros con Guibout admiten el eczema idiopático y el herpético; pero niegan que sea una de las manifestaciones de la escrófula, como lo defienden Bazin y sus discípulos.

Muy lejos estoy de pretender terciar en cuestiones como ésta, en la que figuran hombres tan eminentes y respetables; mas si he de consignar mis ideas sobre

este punto, diré, apoyándome en la observación de los numerosos hechos que he visto, que para mí existen el eczema accidental, el herpético, el escrofuloso, que niega el célebre especialista Guibout, y el debido á un obstáculo á la circulación.

A esta última causa creo que pueden referirse las erupciones eczematosas que vemos con frecuencia en los miembros inferiores, y en cuanto á la escrófula, la admito como causa del eczema, por ser muy común aquí en México ver enfermos y particularmente niños en los que esta erupción viene acompañada de las manifestaciones propias y tan conocidas de la diátesis escrofulosa.

Respecto del eczema artrítico, no estoy convencido de su existencia.

Bastan estas breves consideraciones para que se comprenda que no es suficiente diagnosticar el eczema como simple erupción, sino que es preciso fijar bien su naturaleza y patogenia para establecer un método curativo conveniente. De otro modo la terapéutica tiene que ser vacilante é incierta.

Aunque sea de un modo general, voy á decir algo de los métodos curativos que considero más eficaces para combatir el eczema; pero antes voy á tocar la cuestión de si algunas ocasiones será inoportuno y hasta perjudicial curarlo, y hay que pensar en esto porque es un hecho bien comprobado que la desaparición brusca de una erupción cutánea puede ser causa de perturbaciones digestivas, pulmonares y aun cefálicas, así como también se citan casos de enfermos que han sanado de oftalmías, catarros del intestino ú otras lesiones viscerales por la aparición de un eczema.

Conozco y trato á un señor que padece de un eczema de las paredes torácicas, y el médico que lo asiste me ha referido que una vez sin causa aparente, desapareció la erupción y le vino un catarro brónquico muy intenso que no cedió hasta que lo hizo volver por la aplicación de una tela de tapsia.

En algunos autores he leído que la tuberculosis, el cáncer y otras enfermedades, pueden ser la consecuencia de retrocesiones eczematosas.

Bueno me parece no olvidar estos hechos, cuya memoria tanto puede servirnos en la práctica; es, sin embargo, innegable que son afortunadamente rarísimos y que en la mayoría inmensa de los casos, bien podemos tratar de combatir las erupciones de eczema.

Entre los medios recomendados para este fin, hay autoridades científicas que dan grandísima importancia al tratamiento local; y otros, negando la influencia de éste, sólo se preocupan del general. La verdad es que uno y otro prestan grandes servicios y deben combinarse de una manera conveniente.

El tratamiento local, único necesario en el eczema idiopático, será en el primer periodo de erupción, y cuando las vesículas aparecen sobre una piel roja é hinchada, esencialmente antiflogístico.

Se usará, pues, de cataplasmas emolientes, que deben continuarse hasta que la inflamación se haya calmado, y este será también el modo de comenzar el

tratamiento en enfermos que hayan empleado anteriormente tópicos más ó menos irritantes.

Guibout recomienda muy especialmente las cataplasmas hechas con fécula de papas bien cocidas, y yo las he empleado con ventaja.

Si la erupción fuere muy extensa, no es posible hacer uso de las cataplasmas y se recurre á lavatorios ó baños emolientes de cocimiento de malvas, por ejemplo, con un poco de almidón ó harina desleida.

Pasada la inflamación, en los periodos de exudación, ulceración y formación de costras, he obtenido muy buenos éxitos espolvoreando la parte enferma con almidón sólo ó mezclado con óxido de zinc en proporciones variables.

La vaselina, los glicerados y aun las pomadas, ceratos y ungüentos con preparaciones de zinc, plomo, bismuto, benjuí, etc., también suelen servir á pesar de la opinión de los autores que rehusan de un modo absoluto el empleo de sustancias grasas.

Siguiendo el consejo de Niemeyer, he usado varias veces con resultados satisfactorios para el tratamiento del eczema, de una pomada compuesta de 4 gramos de precipitado blanco y 30 de manteca lavada.

De todos modos, lo que importa es no usar de sustancias irritantes, ó que por su descomposición puedan serlo, en el primer período ó en las exacerbaciones inflamatorias.

En los casos crónicos ó inveterados, al contrario, conviene muchas veces el empleo de agentes estimulantes, y si aun estos medios no reanimaran la vitalidad dormida, podrán hacerse cauterizaciones ligeras con soluciones débiles de nitrato de plata ú otro cáustico.

El autor que acabo de citar recomienda una solución de potasa cáustica (4 gramos por 60 de agua) y dice que aun los eczemas más rebeldes curan con este medio, teniendo la precaución de que los toques se hagan sólo una vez por semana, por cinco ó seis veces, muy ligeramente, y cubriendo inmediatamente después los lugares enfermos con compresas frías para calmar los vivos dolores que ocasiona.

Yo no he tenido hasta hoy que recurrir á estos medios enérgicos; pero sí recuerdo un caso que me ha referido uno de nuestros ilustrados consocios, y muy buen amigo mío, en el cual, habiéndose aplicado equivocadamente una enferma, sobre un eczema de la cabeza, pomada de Autenrieth, ésta obró como cáustico y causó ardores intensísimos, pero el hecho fué que la paciente sanó después de haber ensayado antes y en vano, multitud de remedios.

Al tratamiento indicado conviene casi siempre añadir el empleo de ligeros purgantes salinos que obran como derivativos intestinales.

En el eczema sintomático el tratamiento local ya no es suficiente, y como sucede con tantas otras enfermedades, será necesario combinarlo con el general: sin esto los resultados serán nulos ó muy pasajeros.

En consecuencia, si el eczema se refiere á la escrófula, se colocará el enfermo en buenas condiciones higiénicas; se le dará yoduro de potasio, vino de quina, ferruginosos, aceite de bacalao, etc.

Si, como es más común, la erupción depende del herpetismo, se usarán con grande ventaja las preparaciones arsenicales y de preferencia el arseniato de sosa administrado durante las comidas y en dosis muy pequeñas, y progresivamente crecientes de uno á seis ú ocho miligramos.

Y por último, si la dificultad de la circulación de vuelta, la presencia de parásitos ú otra causa, fuera la que originaba ó mantenía la enfermedad, se comprende desde luego que sería preciso removerla con los medios adecuados para obtener la curación.

México, Mayo 26 de 1886.

J. R. ICAZA.

FISIOLOGÍA.

CONSIDERACIONES SOBRE EL METODO EN FISIOLOGIA.

DISERTACIÓN PRESENTADA A LA ACADEMIA

DE MEDICINA DE MÉJICO, PARA OPTAR A LA PLAZA VACANTE EN LA SECCIÓN DE FISIOLOGÍA.

(CONTINÚA.)

La revista rápida que acabamos de pasar á los adelantos alcanzados en Fisiología, del siglo XVII acá, prueba la alta importancia que tienen en esta ciencia los perfeccionamientos del método. Van por lo general acompañados ó seguidos muy de cerca de progresos considerables en la doctrina, y son para lo porvenir venero inagotable de descubrimientos.

Las cuestiones de método puro están muy lejos de ser, como gentes ligeras piensan, especulaciones ociosas, sin influencia en la formación de doctrinas positivas y sin aplicabilidad á la práctica. Al contrario, son fecunda simiente de descubrimientos y aplicaciones, y deben inspirar la misma admiración y respeto que sentía el ilustre Condorcet por los inolvidables trabajos de los geómetras griegos sobre las secciones del cono.

Justificada así la elección del asunto que ha de servir de tema á estas líneas desaliñadas, entremos en él de lleno, reduciéndole á las dos cuestiones que siguen: